

# Pueblo literario

## BLOCH ESPERANDO A GODOT

«¿Tué puedo conocer? ¿Qué debo hacer? ¿Qué puedo esperar?» De estas tres cuestiones legadas por Kant a la posteridad (reductibles, en su opinión, a la pregunta: «¿Qué es el hombre?»), será la tercera la que Bloch privilegie a lo largo de su obra.

Antes de Kant, la segunda era tributaria de la primera. La moral hallaba su fundamento en la metafísica. Con Kant, la razón pura ve limitadas sus pretensiones de conocimiento al mundo de lo fenoménico, quedando, por ende, la razón práctica emancipada y autónoma, capaz de sostener los cimientos de una ética y de justificar deductivamente las viejas esperanzas (Dios, la libertad, la inmortalidad del alma), que la metafísica expresaba sin conseguir justificar.

El primado de la razón práctica será ya una constante en la historia de la filosofía posterior, si bien la gigantesca sombra de Hegel proyectará trascendentales alteraciones en el modo de pensarla y vivirla. Re-haciendo el puente que transita del «es» al «debe» y reconstituyendo el contenido concreto a la ética, sometida por Kant a un vacío formalista, Hegel traslada el centro de la moralidad del individuo al Estado, cumplimiento y encarnación última de la Idea Absoluta. La libertad va a ser entendida como conciencia y aceptación de la necesidad, concepción que permanecerá in-cambiada en la predominante competente determinista del marxismo.

### HETERODOXIA

Contra ese determinismo marxista que cree en la inevitabilidad del triunfo de la revolución y nos invita, entre ilusionado y resignado, a dejarnos encauzar por la irrefutable corriente de la historia, alzó Bloch su voz, permitiendo que un poco de aire fresco penetrara en los enmohecidos cerebros de los militantes oprimidos por el Diamat.

Para todos cuantos llegamos en tiempos a confundir la lucha revolucionaria con la sumisa aceptación del dogma leninista y la mecánica repetición de consignas caducas, el nombre de Bloch —como el de Lukacs, Adorno, Marcuse y algunos otros— está ligado al redescubrimiento de la libertad y el pensamiento, al despertar de una pesadilla inquisitorial. El nos aseguraba que se podía ser marxista y revolucionario sin renunciar

—antes bien, potenciándolo y basándose en él— a ese fondo íntimo de impulso místico y esperanza utópica que los «puros» nos habían enseñado a llamar irracionalismo y subjetivismo, «taras pequeño-burguesas» contra las que era necesario luchar.

Hereje de un marxismo mezquino y opresivo que terminó por impedirle el peligroso ejercicio del pensamiento (en 1961 fue destituido de su cátedra de Leipzig por «revisionista»), Bloch buscó un lugar propio en la trayectoria que va de Kant a Marx, pasando por Fichte y Hegel.

Como éste, Bloch acepta que «todo lo real es racional», pero hace hincapié en la primera cláusula de la fórmula hegeliana: «todo lo racional es real», interpretándola como promesa e imperativo de realización práctica de los proyectos emancipadores de la razón humana.

Como Kant, cree que el objetivo prioritario de la razón no es un conocimiento puro, hipotéticamente desinteresado, sino la solución de los urgentes problemas del obrar humano; pero Bloch no desconecta la Razón Práctica de la Razón Pura, sino que concibe a ésta —bajo forma de materialismo dialéctico— como instrumento científico para la realización efectiva de las aspiraciones de aquélla, y a ambas las entiende vivificadas por un principio, la ESPERANZA, que convierte la razón en «conciencia anticipadora», y hace del hombre un animal que sueña al conocer y al actuar, y cuyo presente se halla esencialmente definido por su «aspiración de futuro». «La razón no podría prosperar sin esperanza, ni la esperanza expresarse sin razón».

postula Bloch, como base de una filosofía que encuentra en la «función utópica» la privilegiada clave para entender todas las creaciones de la humanidad y los más íntimos estados del hombre.

Su obra capital, «El principio esperanza» (1954-1959), constituye una completa fenomenología de esa forma de encarnación del futuro en el presente que es para Bloch la esperanza: en «pequeños sueños diurnos» levanta acta de los acontecimientos de la vida cotidiana a los que ésta subyace; en «la conciencia anticipadora» analiza la multitud de formas que reviste en la razón humana su tensión hacia lo aún-no-conocido y lo aún no llegado a ser; «ilusiones en el espejo» hace desfilar las esperanzas fabricadas por la actividad humana en los más insospechados campos (modas, amor, etcétera); «bocetos de un mundo mejor» pasa revista a las utopías de todo tipo fabricadas por la imaginación humana, con especial atención a las utopías sociales, desde Platón a Marx; en la parte final de su obra, «Identidad. Ideales del instante colmado», Bloch hace desfilar diferentes arquetipos del espíritu utópico, tanto individuales (Fausto, Don Juan, Hamlet, Don Quijote, etcétera) como colectivos (la música, la religión, la naturaleza).

Tan ricas y sugerentes ideas no podían por menos de provocar la desconfianza y condena del marxismo oficial, que, amnésico sobre sus orígenes, ha sido incapaz de reconocer en el hereje su fidelidad a lo esencial de la doctrina.

### ORTODOXIA

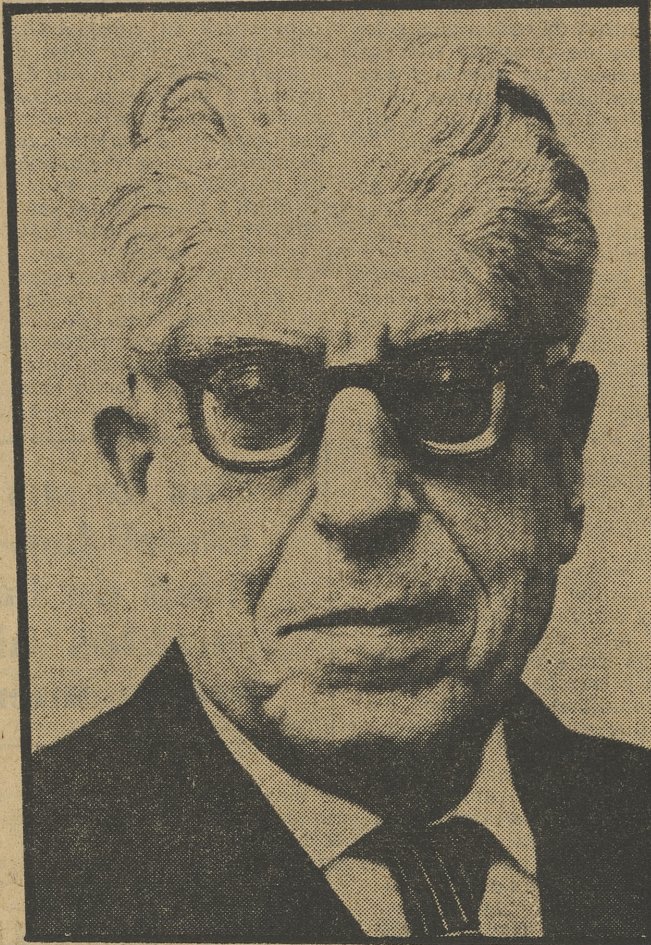
Pues lo cierto es que la raíz de la heterodoxia de Bloch es la lúcida delimitación de la línea histórica de pensamiento en que la ortodoxia marxista se inserta. El mérito principal de su obra, quizá, sea haber resituado la utopía comunista en el suelo nutricional que nació: el mesianismo judeo-cristiano.

No tiene nada de casual que Bloch haya estudiado

concienzuda y tempranamente el primer movimiento comunista de cierta importancia que aparece en Europa: la guerra de los campesinos alemanes del siglo XVI («Thomas Münzer, teólogo de la revolución», 1922). Aquel movimiento, del que Engels dijo que «muchas sectas comunistas modernas en visperas de la revolución de febrero de 1848 no disponían de un arsenal teórico tan rico como los de Münzer en el siglo XVI», no hacía otra cosa que recoger y profundizar la tradición milenarista cristiana que había mantenido viva la fe en la segunda venida del Mesías para implantar el reino de Dios en la Tierra. Para Engels, con Münzer se produce una «anticipación genial de las condiciones de emancipación del elemento proletario», pues «para él el reino de Dios no significaba otra cosa que una sociedad sin diferencias de clase, sin propiedad privada y sin poder social independiente y ajeno frente a los miembros de la sociedad». Básicamente similares eran las ideas de un obrero sastre, que fue el principal ideólogo de la Liga de los Justos —la futura Liga Comunista— hasta la entrada en ella de Marx y Engels: W. Weitling.

Si nos atenemos a lo esencial, no es ninguna exageración ver en el marxismo el último heredero de la soteriología judeocristiana. No cambia demasiado el añadido de unas gotitas de dialéctica, la profesión de fe materialista o la rimbombante autoproclamación de científico. Al fin y al cabo, la diferencia entre la metafísica religiosa y la científica es sólo de matiz, y es dudoso que un materialista pueda llamarse ateo cuando, por ejemplo, la definición que da Lenin de Materia es perfectamente aplicable al Dios de Spinoza o a la Idea Absoluta de Hegel.

Bloch enraza sólidamente al marxismo en el «pecado de optimismo» del que nace; su esperanza y su utopía se nutren de una peligrosa ilusión: la que espera la salva-



ción en el tiempo, la que confía en el «happy end» de la Historia. Aunque Bloch aspira al «instante colmado», a un eterno presente sin tiempo, y concibe en tales términos la utopía, sitúa, sin embargo, su esperanza en el futuro y acepta el sacrificio necesario de un presente que se aleja de este modo eternamente de su utópica imagen. Creyente en el Progreso, versión secularizada de una Redención dosificada, Bloch no puede escapar a las aporías en que encierra pensar la salvación en el tiempo, en un tiempo ya irremediablemente lineal.

Contra toda evidencia, Bloch se empeñó en su optimismo, cosa bien difícil hoy sin caer en la apología culpable o el cretinismo. El con-

siguió evitarlo legándonos una obra-reto que para paradójica sorpresa de quien en el tiempo confió resultará anacrónica a medida que la tercera pregunta kantiana —¿qué puedo esperar?— vaya siendo sustituida por la escéptica y escarmentada cuestión ¿de qué hay que desesperar?

Posiblemente, en primer lugar, y contra Bloch, de la esperanza.



Escribe Juan ARANZADI

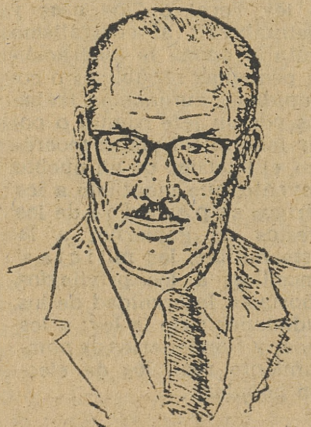
Anselmo Carretero, un historiador que se exilió en México

## UNA OBRA DIRIGIDA A DESENMASCARAR LAS FALSIFICACIONES DE NUESTRA HISTORIA

Las recientes ediciones críticas sobre el exilio español están provocando un profundo interés por conocer la obra de esa extensa lista de pensadores, literatos, científicos o artistas que quedaron desgajados de la cultura y del quehacer nacional. Fruto de la tarea de recuperación, investigación y exégesis de la obra de nuestros exiliados, la España rota va recomponiéndose, a pesar de que las lagunas biográficas, el desconocimiento de numerosos textos o la falta de publicación de otros muchos constituyen todavía una grave ausencia.

Escribo estas líneas en la ciudad de México, donde a los cuatro días de aterrizar tuve ocasión de conversar con uno de estos indomeñables españoles del exilio, el historiador Anselmo Carretero. La obra de Carretero gira persistentemente en torno a esa herida nuclear de España (o de las Españas, como preferiría decir el pro-

prio Carretero), constituida por la génesis y evolución forzada de una unidad nacional que ha sido teóricamente justificada mediante un sinnúmero de falsificaciones históricas. Prologados por Salvador de Madariaga, conocidos por reducidas élites, divulgados en México a



(Pasa a la pág. siguiente.)

## HA MUERTO EL OPTIMISMO

A los noventa y dos años de edad murió en Tubinga Andrés Bloch, el día 5 de la semana pasada. El filósofo alemán fue, junto con Lukacs, bandera de las primeras heterodoxias marxistas. Bloch ha estado de actualidad entre nosotros hace escasos meses, cuando el Instituto Alemán programó un ciclo de conferencias acerca de su pensamiento. La ocasión se enriqueció no sólo con la presencia de uno de sus más conspicuos discípulos, Hans Mayer, sino con la oportuna presentación del libro de éste, publicado al poco tiempo por la editorial Taurus. (En aquella ocasión dimos cuenta a los lectores de la conversación mantenida con el escritor alemán, y posteriormente, el comentario del citado libro.)

Fue Bloch, a la vez que uno de los primeros vivificadores novecentistas del pensamiento marxista, una de las primeras víctimas de la represión burocrática. Su heterodoxia consistió en la introducción del optimismo de la libertad en el seno del marxismo, aunque —como realmente sucedió— fuera al precio de la revitalización de la esperanza ideológico-burguesa y positivista en el progreso ineluctable. Su libro «El principio esperanza» fue tanto pie-

dra de escándalo como coartada a los intentos de asimilación integradora del análisis marxista por las corrientes idealistas (marxistas o burguesas) y neocristianas. El primer libro de Bloch se llamó «Espíritu de la utopía», al que siguieron «Thomas Munzer, teólogo de la revolución»; «Avicena y la izquierda aristotélica»; «Thomasius, un sabio alemán sin miseria», y «Ateísmo en el cristianismo».

Aunque Bloch ha sido tardía e incompletamente conocido en España, como aquí al lado escribe Aranzadi, «para todos cuantos llegamos en tiempos a confundir la lucha revolucionaria con la sumisa aceptación del dogma leninista y la mecánica repetición de consignas caducas, el nombre de Bloch, como el de Lukacs, Adorno, Marcuse y otros, está ligado al redescubrimiento de la libertad y del pensamiento». Si Bloch no es el padre de una generación que tiene pendiente la tarea de una profunda revisión crítica y liberadora del pensamiento, so pena de aniquilación intelectual y existencial, es, indiscutiblemente, una de sus parientes más próximos.

S. AMESTOY

**Anselmo Carretero, un historiador que se exilió en México**

(Viene de la pág. anterior.)

través de varias ediciones y multitud de conferencias, los libros de Anselmo Carretero poseen un interés y una actualidad que cobra tintes rabiosos a la luz de la coyuntura española. Fruto de esta actualidad es la publicación en el próximo mes de septiembre de dos de sus principales textos («Las nacionalidades españolas» y «La personalidad de Castilla en el conjunto de los pueblos hispánicos»), tarea que ha abordado la editorial Hispamérica.

Anselmo Carretero nos recibió en su casa mejicana a las ocho de la tarde, y nuestra curiosidad y su infatigable hambre conversadora prolongaron la charla hasta las tres de la madrugada. El escritor desbrozó los vericuetos de su experiencia del exilio con agudeza y socarrona pasión, a la par que, con precisa memoria fue evocando con cariño y riqueza de matices la personalidad de muchos de los ilustres peregrinos españoles en México (los hombres de la generación del 27, Neruda, Max Aub, Ayala, Andújar...) y de tantos otros refugiados para cuya obra, apenas conocida, nuestro interlocutor deseaba un menos injusto silencio (entre los cuales Carretero rememoró con especial afecto a Juan Oyarzábal, marino, poeta de importancia y físico eminente, cuya producción permanece casi absolutamente ignorada).

## A CABALLO ENTRE MEXICO Y ESPAÑA

Anselmo Carretero nació en Segovia en 1908. Residió en varios lugares de España, y muchos años en León, ciudad de la que conserva un especial recuerdo. Estudió la carrera de ingeniero industrial en la Escuela Central de Madrid, entre 1926 y 1932, y el ambiente de la residencia de estudiantes marcó una honda huella en su espíritu. Militó en las Juventudes Socialistas y a finales de la guerra civil se refugió en México, que se hallaba bajo el mandato del general Cárdenas.

El español nos habla con agrado del apoyo que los exiliados españoles recibieron del Gobierno y del pueblo de México y pasa revista a las diversas actividades que le integraron en la sociedad mexicana, en cuyo proceso de desarrollo cooperó activamente: diplomático, profesor de física y matemáticas, jefe de una explotación agrícola en la selva maya («viví dos años en Campeche, donde, en 1943, trabajé en una plantación de aceite de ricino; había unos 1.500 mayas en la plantación, y la mayoría hablaba su hermosísima lengua nativa que, en la actualidad, han perdido casi absolutamente»), ingeniero en una importante firma industrial.

Le solicitamos que nos describa el ambiente político e intelectual de los exiliados españoles en México. «A diferencia de lo que ocurrió en algún otro país, los exiliados políticos acogidos en México arrastraron las contradicciones partidarias heredadas de la guerra. Este hecho me indujo a abandonar la militancia. Ac-

tué, pues, en forma contraria a otros muchos exiliados que empezaron a militar al convertirse en refugiados políticos. Por otro lado, el desastre de la revolución española y la relativa paralización revolucionaria europea exigían el abandono de la interpretación dogmática del marxismo y de la visión de Marx y Engels como «salvadores de la humanidad». Era preciso estudiar y analizar críticamente los hechos. Yo había heredado una inquietud historicista de mi padre, Carretero y Nieva, que fue un estudioso autodidacta y que recorrió todo

vicisitudes de su evolución, del papel que las diversas nacionalidades de la Península jugaron en este complejo devenir y de las tergiversaciones históricas que el proceso ha sufrido. En estos temas Carretero no necesita preguntas. Se arranca con pasión y entrelaza sus palabras con idas y venidas a los apretados anaquelos de la biblioteca, para refrendar sus argumentaciones con textos de numerosos cronistas. A continuación transcribo, en obligada síntesis, cuanto en la conversación se desarrolló, con amplitud y abundancia de detalles:

más tarde se unieron voluntariamente a la Corona castellana (Guipúzcoa, en el año 1200; Alava, por el convenio de Arriaga, en 1332, y Vizcaya, por herencia, en 1379).

Lo cierto es que Castilla nace en Cantabria, y es inmediatamente el aliado natural de los vascos. Una abismal diferencia separaba a castellanos y vascos del reino astur-leonés: este último, heredero de las tradiciones del imperio visigodo, fue el auténtico artífice de la nueva estructura política monárquica, teocrática, militar, centralista y feudal, que en

A tal punto llegaba el antagonismo entre vasco-castellanos y astur-leoneses que los cántabros rompen con la monarquía leonesa, y, con el conde Fernán González al frente, proclaman la independencia del Estado vasco-castellano (Castilla y Alava). Así, pues, Castilla, Vasconia y el sudoeste aragonés constituyeron durante varios siglos una federación de comunidades, que pueden ser comparadas con la articulación cantonal suiza, sistema que yo he denominado de «patrias escalonadas». Las instituciones castellanas (comunidades de ciudad o villa, merindades, behetrias, etcétera) declinaron rápidamente a partir de la unión definitiva de las coronas de Cas-

tesiva decadencia económica, científica e ideológica de los lustros posteriores, la utilización de la Inquisición en favor de los intereses del Estado centralista y el impulso de la ideología de la «nación una», que se fraguó entre los jacobinos de la Revolución Francesa y que tuvo amplio eco en nuestro país. A mediados del siglo XIX, las instituciones autóctonas residuales en Castilla reciben la puntilla y sólo perviven, de forma problemática, entre los vascos.

## MIRANDO HACIA EL FUTURO

Mientras las sombras del pasado van desvaneciéndose

● **Dos de sus principales libros —“Las nacionalidades españolas” y “La personalidad de Castilla en el conjunto de los pueblos hispanos”— serán editados próximamente en nuestro país**

el país encontrando numerosas incongruencias entre la historia escrita y la realidad. En consecuencia, abandoné cualquier posición «de escuela» y me dispuse a continuar y profundizar los escritos de mi padre.»

«En los primeros tiempos de la emigración había establecido contactos con los ámbitos intelectuales españoles. Fue una época de gran actividad. Por ejemplo, se editaron numerosas revistas. Entre otras, recuerdo «Romance», que, centrada en el tema del «mestizaje», se editaba en colaboración con mexicanos; también circulaban revistas de partido, pero ninguna alcanzó larga vida. Yo tuve la fortuna de colaborar en «Las Españas», y llegué a encargarme de su edición cuando Andújar y Arana, sus fundadores, se dedicaron a otros menesteres. «Las Españas» fue una publicación clave: estaba centrada en los problemas del desarraigo de la emigración, y se hacía en México, porque en este país se refugiaron muchísimos españoles. La revista se hacía pensando en España, con la atención permanentemente volcada hacia la cultura y los problemas de nuestra Patria, que en aquellos años vivía en el oscurantismo, la penuria cultural y el pensamiento crítico amordazado. «Las Españas» se repartía clandestinamente al otro lado del Atlántico y sirvió para animar la investigación y la creación, para estrechar los lazos con Hispanoamérica y para mantener el rescaldo de las esperanzas progresistas. A través de sus ejemplares y mediante suplementos, libros y reuniones, la familia de «Las Españas» trabajó incansablemente por oponer una imagen federalista e igualitaria de la comunidad de pueblos de España, a la «España Una», impuesta por la Falange.»

## LAS «PATRIAS ESCALONADAS»

Llegamos al meollo de nuestra conversación con Carretero: el conjunto de sus tesis acerca de la formación de la nación española, de las

«Tal y como la actual coyuntura española muestra, y como vaticiné desde el exilio, el irresuelto problema de las nacionalidades es prioritario en la nueva etapa democrática española. Las oligarquías dominantes y los ideólogos del franquismo nos han hecho vivir cuarenta años de falseamiento de la realidad histórica, y ello ha venido a enconar el ya complejo conflicto de las interrelaciones nacionales dentro del Estado español. Durante muchos años se enseñó a la juventud que los Reyes Católicos forjaron la unidad española, y no es cierto, porque Navarra quedó fuera de aquel Estado; se ha apoyado una noción racial y homogénea de la Reconquista, que en realidad fue un largo y abigarrado proceso, y no el crisol patriótico que se ha pretendido; se ha ocultado la historia de la Corona de Aragón y de la Confederación Catalano-Aragonesa, historia ejemplar, puesto que se trata del primer Gobierno confederal que surge en Europa, que contaba con dos Parlamentos y unas Cortes de la Unión para los asuntos comunes; era bilingüe, y en el caso de la Generalitat, estaba formado por los tres estadios de la época. Ya con anterioridad a nuestra guerra civil se impulsaba un imperialismo lingüístico, con el fin de eclipsar los idiomas minoritarios, como revela el hecho de que el «Diccionario de la lengua castellana» se convirtió en «Diccionario de la lengua española» en su decimoquinta edición de 1925, y sobre todo se han tergiversado los orígenes democráticos y anti-feudales de las estructuras socio-políticas medievales, elaboradas autóctonamente por Castilla, Vasconia y parte de Aragón y Navarra.»

Como reacción a las citadas y otras muchas falsificaciones históricas, algunos sectores de las nacionalidades oprimidas han fraguado a su vez una contrahistoria igualmente irreal y falsificada: los catalanes piensan que Castilla fue el verdugo de sus estructuras políticas, y los vascos ignoran que participaron activamente en el nacimiento de Castilla y que

el siglo XIII inició su expansión, dominando al resto de las nacionalidades peninsulares. Castilla, como León y Cataluña, se expande hacia el Sur en sus luchas contra el moro. Pero en tanto que León se repuebla con gallegos, y sobre todo con mozárabes, que abandonan la zona mora, Castilla se repuebla de norte a sur con cántabros y vascos, hombres libres e iguales, los únicos que habían mantenido sus antiguas estructuras y no habían sido romanizados ni dominados por el imperio visigodo. El Estado vasco-castellano aparece en la Edad Media española con caracteres antagónicos a los del astur-leonés: en lugar del aristocratismo

■ **«Castilla nació en Cantabria y fue el aliado natural de los vascos. En cambio, una abismal diferencia separaba a castellanos y vascos del reino astur-leonés, que fue el auténtico artífice de las nuevas estructuras monárquicas, teocráticas, militares, centralistas y feudales»**

■ **«Los españoles necesitamos definir nuestro propio concepto de la nacionalidad»**

romano-visigótico de las castas dominantes de León, Castilla presenta la igualdad democrática de vascos y cántabros; en lugar de la propiedad feudal de los nobles y la Iglesia, la comunidad de bosques, pastos, minas y aguas; en vez de la legislación imperial (Fueró Juzgo), la ley Foral o «los usos y costumbres»; al centralismo unitario opone la federación de pequeñas repúblicas o comunidades autónomas, trabadas por un jefe común o poder federal; al poder teocrático, el laicismo de un pueblo creyente, que mantiene a los clérigos separados de los puestos de gobierno; a la casta militar, las milicias concejiles; a los privilegios señoriales, la igualdad de los ciudadanos ante la ley; a los jueces y funcionarios de nombramiento real, los de elección popular...

ciones políticas, a manos del uniformismo centralista extranjero (romanovisigótico) que heredó el reino astur-leonés. Por naturaleza, los pueblos de la Península caminaban hacia un Estado federal: las uniones, salvo la conquista de Navarra, iban realizándose pacíficamente. Sin embargo, la Historia no es arbitraria; es posible que la organización de las antiguas comunidades democráticas castellanas y vascas no pudiera resistir los cambios económicos ni se armonizara con los intereses de las monarquías absolutas del Renacimiento. También hay que contar con la influencia nefasta de las «guerras de religión», impulsadas por los Austrias, y con la sangría de energías que supuso la conquista y colonización de América. Señalaré, por último, factores como la pro-

la amable esposa mejicana de Anselmo Carretero nos invita a continuar la charla, compartida con una cena tardía, el presente español va deslizándose hasta el primer plano de nuestra conversación, que se electriza con las esperanzas de las variadas generaciones que nos enzarzamos en el tema. Todo entra en liza: política, filosofía, moral... La entrevista, olvidada, deja paso a un diálogo avaricioso, que se funde en las fronteras gemelas del anhelo y el escepticismo, en la sempiterna espiral celtibera de la desconfianza y el inconformismo. Anselmo Carretero se destapa sin reservas:

«Los españoles necesitamos definir nuestro propio concepto de la nación. Para ello debemos tener más bríos y aunar lo que haya de válido en la tradición y lo que exigen las nuevas necesidades. Debemos huir de las nociones jacobinas y estalinistas de «nación». En la actualidad estoy preparando una obra de corte teórico acerca de las innumerables formulaciones teóricas y prácticas que en la Historia han adoptado las nacionalidades. Espero que este libro aportará su grano de arena en la polémica que nuestro pueblo debe abordar para solucionar su conflicto histórico interno. Hay que terminar con opiniones como la de Ortega y Gasset, que

(Pasa a la pág. 26.)

J. A. UGALDE



## MILENARIO DEL CASTELLANO

### La VENTANA DE PAPEL



Escribe: Guillermo DIAZ-PLAJA, de la Real Academia Española

Las gacetas anticipan programas de lo que habrá de ser la conmemoración del milenario de la lengua castellana. Difícil tarea porque plantea numerosas cuestiones, no sólo geográficas y cronológicas, sino de contenido. Los balbuceos no tienen fecha. ¿Cuándo se dice que un infante «rompe a hablar»? ¿En qué momento? Los documentos que la erudición aporta son, de este modo, imprecisos. ¿A partir de qué instante un texto ha dejado de ser latín para convertirse en castellano? ¿Y en qué medida esa lengua inicial prefigura la lengua que un día habrá de hablarse, con distintas inflexiones, en toda la Península, en Hispanoamérica o en el remoto confín filipino?

Se trata, ya se comprende, de conmemorar un punto de partida. ¿Las «Glosas Emilianenses»? El oscuro amanuense que señalaba, en un texto litúrgico, las palabras latinas ya incomprensibles para un lector «laico» (es decir, lego; ignorante), podía imaginarse que esas breves anotaciones adquirirían la dimensión de una hazaña histórica?

San Millán de la Cogolla, en cualquier caso, parece determinado para centrar, geográficamente, la conmemoración, con sus dos monasterios: el de «Suco» —en su en-

castillada sobriedad— y el de Yuso —que presume de su denominación de «Escorial de la Rioja». ¿No os parece una imagen excesiva? Caminar esas tierras tiene algo de transitar historia mínima. De seguir, a pasos menudos, una realidad balbuceante y recién nacida. Una evidencia de heroicas pobreza. «¡Esta pobre tierra de Guadalajara y Soria, esa meseta superior de Castilla! —clama Ortega—. ¿Habrá algo más pobre en el mundo? Yo la he visto en tiempo de la recolección, cuando el anillo dorado de las eras apretaba los mínimos pueblos en un ademán alucinado de riqueza y esplendor. Y, sin embargo, la miseria, la sordidez triunfaba sobre las campiñas y sobre los rostros como un dios austro y famélico atado por otros dios más fuerte a las entrañas de esta comarca».

Caminar entre los breves altozanos de esta geografía —que aquí se llaman «cabezos»— es recorrer la simiente mínima de una historia gigante. ¿Cuáles son los límites de esta dimensión trascendente? ¿Se reducen a la Rioja, comarca natural, que se implanta entre Burgos, Navarra, Santander y Logroño? Nuestras divisiones administrativas —nuestras «provincias»— padecen de su arbitrariedad originaria, de su

deliberada voluntad de triturar las realidades geográficas que son las regiones.

Por ello la conmemoración del Milenario del Castellano que gira en torno de San Millán de la Cogolla —y, naturalmente, de Santo Domingo de Silos— las «glosas silenses» son el otro gran documento significativo del primer romance de Castilla —se extiende a límites imprecisos y seguramente litigiosos—. Para empezar, el castellano empuja hacia la realidad leonesa, tan unida y, al mismo tiempo, tan tenaz en la defensa de la personalidad distinta y orgullosamente independiente. El «puzzle» de la Reconquista es enormemente complejo, ya antes de que la gran cuña del castellano —usando la expresión característica y expresiva de Menéndez Pidal vaya abriéndose hacia las Extremaduras del Sur, que siguen de alguna manera el rumbo de las cañadas de la meseta, pastoreo y trashumante.

Todos estos factores se conjugan a la hora de confeccionar la conmemoración del Milenario de la Lengua Castellana y exigirán una atención rigurosa y delicada que dé el diapason exacto del formidable suceso histórico que se desea conmemorar.

ALFREDO MATILLA

Me entristece la noticia de que Alfredo Matilla, después de un tan largo exilio, haya muerto en Madrid, a donde tanto deseaba regresar. Alfredo Matilla, intelectual republicano, vivía en Puerto Rico y era el destinatario de nuestra primera llamada telefónica cuando llegábamos a la preciosa isla borinqueña. Nos impulsaba a comunicarnos con él su cordialidad acogedora, su significación intelectual y su condición de hombre-clave del mundillo intelectual de aquel rincón del Caribe. Pero, sobre todo, Matilla era el hombre que nos acompañaba, en cada viaje, a realizar la ritual visita a Pablo Casals, a quien llamaba cariñosamente «padre». De la mano de este español ejemplar, pues, peregrinábamos a la «villa» que, al borde mismo del mar espléndido, constituía el refugio, el museo y el santuario de recuerdos del gran músico. Y allí hablábamos un poco de todo. Y especialmente —ya lo adivinarán ustedes—, de España, prometiéndonos proseguir la conversación al otro lado del mar. Pero este prometido diálogo ha quedado, penosamente, trunco por el gran silencio de la muerte.

## El regreso de ANDRE MALRAUX

VIAJE A OTRAS LITERATURAS Leopoldo Laranco



Durante cuarenta años, las obras del autor de la más bella novela sobre nuestra guerra civil —hablo de *L'Espoir*— no habían podido ser publicadas en España. Y ello, por razones obvias: este novelista, cineasta, tratadista de arte, aventurero y hombre de Estado —Malraux—, que, hombre de acción, de pensamiento y de imaginación, estuviera presente en las convulsiones históricas mayores de la primera mitad del siglo XX, con riesgo de su vida en ocasiones, había sido el organizador de una escuadrilla internacional de aviones al servicio de la República española, un propagandista incansable de la causa de ésta, el autor de la citada novela antifascista y de una gran película —*Sierra de Teruel*— sobre el pueblo español en armas y —lo que se le perdonaba menos todavía— el único gran escritor que se negara a volver a visitar España mientras el general Franco retuviera el poder. Constituye, por esto, un verdadero acontecimiento que sus dos primeras novelas, *Los conquistadores* y *La vida real*, acaben de ser publicadas aquí, en el país que tanto amó, por el que tanto luchó y sobre el que tanto escribió.

Pocos escritores de nuestro siglo habrán sido tan discutidos como Malraux: a pesar de que sus seis novelas se cuentan entre los logros asombrosos de la narrativa internacional de los años veinte y treinta, siempre han sido objeto de enconadas repulsas. Las razones de ello hay que buscarlas, ante todo, en el plano po-

lítico: relacionado con los revolucionarios chinos, fundador del movimiento anticolonialista Jeune Annam, agitador antifascista, combatiente en España, jefe de maquis durante la segunda guerra mundial, al término de ésta se distanció de los comunistas y entró a formar parte, como ministro, en el primer Gobierno del general De Gaulle (1954) y en los que se sucedieron a partir del regreso al poder del mismo en 1958, con lo que se ganó la enemiga tanto de la izquierda como de la derecha —que lo había tachado de aventurero durante la década del treinta y que nunca lo consideró un aliado seguro—. Existía también otra causa que explica el desvío de muchos hacia sus libros: Malraux unía a sus altas dotes artísticas una innegable capacidad para la acción; a la lucidez, el valor. Lo que suscitaba envidia. Y, por otra parte, era un hombre que había triunfado en todo y que no hacía nada para hacerse perdonar su grandeza. Hoy, sin embargo, a pocos meses de su muerte, todas las reservas a su respecto deberían desaparecer y, sus novelas admirables, recibir la acogida entusiasta a que las hace acreedoras ese movimiento lírico y épico a la par que las recorre.

*Los conquistadores* relata, con una potencia narrativa y una riqueza conceptual, teórica, que sobrecogieron a Trotsky —quien mantuvo una respetuosa polémica con Malraux a propósito del libro—, la lucha de los niños de Cantón para librarse del dominio inglés en 1925.

Escrita de acuerdo con técnicas emparentadas con el reportaje, la novela impone imágenes inolvidables de aquellos días de sangre y muerte, y abre un debate —por intermedio de esos diálogos tensos, restallantes, de los que su autor tenía el secreto— sobre la naturaleza de la revolución y del revolucionario, del conflicto entre éste y el aventurero, del choque entre Oriente y Occidente, cuya altura aún no ha sido igualada. La vía real, por su parte, da cuenta de una expedición arqueológica al Alto Laos —sugerida por la que Malraux realizó por la selva de Camboya en 1923, origen de su notoriedad en Francia— y es una meditación a dos voces sobre los temas fundamentales del joven escritor: la muerte, el erotismo, la aventura, el sentimiento del absurdo. Libro turbador, de una densidad asfixiante, constituye, sin duda, la mejor introducción posible a la problemática de Malraux, anticipador de algunas de las más pugnaces corrientes vitales de nuestro siglo.

Estas dos novelas no tienen, por supuesto, la perfección de *La condición humana* y de *L'Espoir*, ni la hondura explorada de *Les noyers de l'Altenburg*. Pero, en un artista como Malraux, es éste un dato de menor importancia, pues él no formaba parte de la triste cohorte de los escritores que buscan en la literatura un instrumento con el que fabricar objetos estéticos donde las epifanías de lo imaginario se reifican y dejen de ser amenazadores para lo cotidiano.

## LETRAS HISPANOAMERICANAS

### CUENTOS NO MARAVILLOSOS SINO DESGARRADOS

Escribe Luis IÑIGO MADRIGAL



BORGES recordó alguna vez que en la mayoría de los idiomas occidentales se utiliza el mismo verbo, o verbos de una misma raíz, para los actos de narrar y de enumerar; esa coincidencia, añade, «nos recuerda que ambos procesos ocurren en el tiempo y que sus partes son sucesivas». Tal doctrina se emparenta, como es obvio, con los postulados de Poe, para quien un desenlace premeditado debía organizar el desarrollo del cuento. Frente a esas concepciones que pretenden una indestructible linealidad de la narración (no de la verdad; lo contado es para Borges, y quizá para Poe, una de las múltiples posibilidades de esa noción inasible), los habitantes de Tralfamadore, planeta arcano que un personaje de «*Slaughterhouse Five*», de Kurt Vonnegut, Jr., pudo conocer, preferían una literatura construida de múltiples y breves mensajes inconexos: «Cuando se ven todos a la vez —explicaban—, dan una imagen de vida maravillosa, sorprendente e intensa. No hay principio, no hay mitad, no hay terminación, no hay "suspense", no hay moral, no hay causas, no hay efectos. Lo que a nosotros nos gusta de nuestros libros es la profundidad de muchos momentos maravillosos vistos todos a la vez».

Escribo el anterior, largo y aburrido párrafo, tras la lectura del último libro de Cortázar: «Alguien que anda por ahí» (Alfaguara). Si algo me ha llamado siempre la atención en ese gran escritor es el modo en que ha variado definitivamente las normas implícitas de ese género ancestral que llamamos cuento. El cuento moderno se distinguió siempre por un desarrollo lineal y un desenlace vertical que alumbraba, con nueva luz, toda la narración. Curioso, sin duda, que todas las formas simples que Jolles estudió como origen de las modernas posibilidades narrativas coincidiesen finalmente en esa estructura, no exenta de encanto, pero tampoco de facilidad. Estructura que los cuentos de Cortázar destruyen, estando más cerca de la literatura tralfadoriana que de Maupassant. (Claro que, a diferencia de los habitantes de Tralfamadore, la literatura y la vida de esta tierra que habitamos distan de ser maravillosas.)

En este sentido, «Alguien que anda

por ahí», a pesar de la notable disparidad de los cuentos que lo integran, es doblemente ejemplar. Ya su título (tomado, digámoslo, de una de las narraciones más débiles del volumen) es decididamente. Alguien que anda por ahí remite, en el plano del lenguaje cotidiano, a una frase casi idéntica: «Alguien anda por ahí», expresión de la incertidumbre, del temor, de los ruidos que acechan en la noche al solitario.

Ambas expresiones pueden servir para distinguir dos conjuntos de relatos: «Alguien anda por ahí» connota lo arcano, los oscuros miedos atávicos o intuitivos, la inquietante aparición de lo desconocido en lo grismente cotidiano (algo no nuevo, por cierto, en Cortázar): tal, por ejemplo, «Segunda vez», «En nombre de Boby», «Apocalipsis de Solentiname» (y quizá, también, los dos cuentos «políticos» del volumen, el que le da nombre y «La noche de Mantecquilla»).

«Alguien que anda por ahí», por su parte (esa indicación indeterminada, ese nombre de todos y de nadie), remite a experiencias de muchos, pero también mucho más atroces que las anteriores: experiencias de las que se suelen llamar amorosas. Sólo que aquí el amor tiene siempre un aura de fracaso; no sólo la relación entre la pareja, sino entre los hombres: ese vocablo despreciado que se escribe comunicación muestra su inexistencia a través de su imposibilidad real. Imposibilidad que hace ya muchísimos siglos anticipó Lucrecio en un pasaje famoso y que Cortázar resume en una frase del tal vez mejor texto del libro («Las caras de la medalla»):

«Sabemos tantas cosas; que la aritmética es falsa, que uno más uno no siempre son uno, sino dos, o ninguno, nos sobra tiempo para hojear el álbum de agujeros, de ventanitas cerradas, de cartas sin voz y sin perfume.»

Así ese texto; así, «Cambio de luces», «Vientos alisios», «Usted se tendió a tu lado», «La barca, o nueva visita a Venecia»: sorprendentes e intensos; pero no maravillosos, sino desgarrados.

## UNIVERSIDAD DE VERANO DE SANTANDER

# LA MAGDALENA CAMBIA DE RUMBO

De nuestro corresponsal, M. A. CASTAÑEDA.—Este año la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo ha sido permeable a los nuevos aires que soplan en la sociedad española. Este verano se ha dejado sentir un cambio en todo el palacio de la Magdalena, y especialmente en el curso de arte. El resultado ha sido un curso de transición que ha roto con el pasado, y que aún no cuaja completamente en lo que será la nueva línea a seguir.

Para empezar, se rompió el imperio de Camón Aznar y su séquito de acompañantes, dando cabida a personas interesadas en el arte con una mentalidad más vanguardista, más abierta y menos formalista. Se abrió una ventana al aire fresco de la calle y el mismo núcleo del curso: «La vanguardia artística: Mito y realidad» ya indica el cambio aparecido en el seno del curso.

Antonio Bonet Correrá, director del curso de arte que se desarrolló en julio, ha sabido imprimir un nuevo estilo, tanto en la informalidad de los seminarios y coloquios, como en la libertad de expresión y enfoque de los temas. Esta ha sido la primera gran conquista realizada este verano, la ruptura con unas formas que atenazaban el diálogo e impedían que los temas se desarrollaran en toda su extensión.

Las conferencias se completaron con seminarios y de esta manera la cuestión de la vanguardia artística ha quedado analizada de manera amplia y con gran variedad de enfoques. Sería largo relacionar todas las disertaciones, pero baste señalar que la gama fue amplísima, desde «Hoy, el antiobjeto», hasta «Ideología y vanguardia».

Puede decirse que el «happening» protagonizado hace años por los artistas e intelectuales más inquietos de esta Universidad de verano se ha hecho realidad. Entonces se convocó a «la toma de la Magdalena», y como los tiempos no permitían más, la acción se limitó a comer unas pocas magdalenas proustianas y dejar constancia del desacuerdo con la línea impuesta a los cursos de verano. Ahora se ha iniciado, con el curso de arte de este año, la toma real de la Magdalena, una conquista que traerá nuevos aires y nueva savia a una actividad que agonizaba.

★ **La vitalización de los actuales cursos ha hecho más patente el divorcio entre las actividades universitarias y la ciudad**

Al curso de arte es preciso añadir, como continuación, el congreso sobre poesía del 27, que ha terminado el día 30 de julio. Como su título indica, los diferentes conferenciantes (José Hierro, Arturo del Villar, José María Valverde, Víctor García de la Concha, etc.) abordaron

el tema de la generación de 1927. A este curso, de sumo interés, le ha faltado el complemento de la presencia viva de los más importantes poetas de la generación, cosa no muy difícil de lograr. Ni siquiera el montañés Gerardo Diego se dio una vuelta por su tierra.

Al margen del desarrollo de estos cursos en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo de Santander, hay que analizar, aunque sea de forma superficial, la problemática de las relaciones Universidad-ciudad que este año, con el cambio y la apertura, se han evidenciado aún más. El divorcio de los ambientes culturales santanderinos y la Universidad de verano ha sido más patente. La situación se gestó hace tiempo, propiciada por el aislamiento total, incluso físico, de las actividades de la Magdalena. A los montañeses les resultaba extremadamente difícil acceder al recinto, y poco a poco se produjo un distanciamiento, cuando no una hostilidad. El problema se resolverá en esta nueva etapa, en el momento en que lo que este verano quedó apuntado, se consolide. Digo este verano porque entre los conferenciantes se evidenció el deseo de abrir la Universidad a la ciudad y de romper el cerco. Se espera que en la programación del próximo verano se tenga en cuenta esa nueva política y que de esta manera la Universidad y Santander lleguen a converger y a trabajar unidos en una tarea tan apasionante como la cultural.

La Universidad ha iniciado su ciclo de vitalización, dejando de ser un lugar de veraneo para unos cuantos profesores madrileños, este verano de 1977 se ha marcado un nuevo rumbo, que el curso de arte ha captado de forma más aguda.

Durante el mes de agosto se desarrollarán otros cursos importantes: «Política y sociedad», dirigido por Emilio Alonso Mangano; el curso de «Humanidades clásicas», que tiene al frente a Manuel Fernández Galiano, y el dedicado a «La ilustración española en el siglo XVIII», cuyo director es José Manuel Cuenca Toribio.

Para Santander, la Universidad Internacional es una ocasión única de ponerse en contacto con los movimientos artísticos, con los creadores y con la realidad cultural del país.



## CINE

### Francisco Rodríguez y «La casa grande»

# LAS TRIBULACIONES DE UN DIRECTOR

El Festival de Berlín suele ser un buen marco para el lanzamiento del cine español. De Berlín volvieron con premio Arduin («El lazarrillo de Tormes») y Carlos Saura («La caza»); este año, Manuel Gutiérrez («Camada negra») y Fernando F. Gómez («El anacoreta») han traído también sendos premios. Precisamente en estos días se ha estrenado en Madrid —a los dos años de su rodaje— la película «La casa grande», representativa del cine español en el Berlín 75, primera cinta dirigida por Francisco Rodríguez e interpretada por Maribel Martín, Antonio Ferrandis y Juan Diego.

La película ha tropezado con todos los imponderables del mundo —dice su director, Francisco Rodríguez—, principalmente los derivados de la estructura de la exhibición. Si tienes una película que plantea un problema y que no va buscando el consumo resulta difícil encontrar un hueco en la programación. Por otro lado, la distribuidora no pertenece a ningún «trú» ni a ninguna multinacional, lo que le ha supuesto un retraso de muchos meses en su estreno madrileño. Naturalmente si ahora hiciera esta película sería mucho más claro y algunas cosas las diría con más libertad; hace dos años los techos de la libertad de expresión eran mucho más bajos.

Rodríguez, madrileño, nacido hace treinta y dos años, procede del mundo de la producción, ha participado en casi todos los escalones del cine, últimamente en la ayudantía de dirección, en la que ha trabajado con Fuller, Joshua Logan, Richard Lester, Ken Annakin, Burt Kennedy y Michael Apted. Resulta muy difícil trabajar en el cine español después de haber rodado con los presupuestos del cine inglés o del americano. Aquí tienes que hacerlo en pocos días, calculando el presupuesto hasta el milímetro y con la incertidumbre de no saber cuál va a ser el destino definitivo de tu película. Pienso que algunas multinacionales pueden arruinar al cine español, al que se está postergando en beneficio de la gran película americana, de la superproducción del momento. Cada vez nos resulta más difícil conseguir un buen cine y unas buenas fechas para estrenar una película española; las dificultades son mayores si encima eres un director nuevo. «La casa grande»

pese a haberse exhibido en el Festival de Berlín y estar vendida a varios países de Centroeuropa y del Este, ha tenido unas dificultades muy grandes para estrenarse en la capital. Al fin hemos encontrado un local, pero en el mes de julio.

La película —sigue diciendo su director— se hizo con unos medios más que precarios y recurriendo a las amistades. Esto lo puedes hacer una vez en la vida, ya que todos tus amigos te echan por una vez una mano cobrando mucho menos de lo que habitualmente perciben por su trabajo. En «La casa grande», los actores han cobrado con pagos aplazados y he contado con colaboraciones como la del decorador Gil Parrondo, al que si hubiera tenido que pagar lo que cobra en el cine americano, a lo mejor no hubiera podido rodar ni un día de película. «La casa grande» se hizo con una ilusión enorme y con sólo cuatro millones de pesetas. Es esa oportunidad que tienes que aprovechar como sea. En la película quise reflejar un caso de abuso de poder en la Castilla de los años cuarenta, un reflejo de una situación cotidiana a través de las relaciones en un universo rural muy reducido. En este sentido, el personaje de Antonio Ferrandis tiene una significación mayor que la de un hecho aislado y refleja un estado de prepotencia y de caciquismo en la posguerra española. Si ahora hubiera rodado esta película, algunas cosas las hubiera dicho de una forma mucho más directa.

Después de «La casa grande» su director ha rodado una segunda película, «Gusanos de seda», presentada en el último festival de San Sebastián: «La casa grande sucede en los años 40»; «Gusanos de se-

♦ «Por imperativos de exhibición, mi película ha tardado dos años en estrenarse en Madrid»

♦ «Voy a rodar la historia de un anarquista y una prostituta en la España de los años 50»

da», en 1936; mis dos películas, sin ser directamente políticas, abordan una realidad política a través de unos personajes representativos de una época. «La casa grande», con una forma de drama rural; «Gusanos de seda», con unos caracteres que le acercan a lo tragicómico. Mi próxima película transcurrirá en los 50 y reflejará la situación de aquellos años a través de las relaciones entre un anarquista y una prostituta. Será también un guión mío y actuaré como coordinador general de la producción; no me interesa hacer un cine de encargo a no ser que pueda hacer el cine que yo quiero rodar; en el tiempo que he estado sin dirigir me han ofrecido guiones increíbles, faltos del menor sentido de la lógica, y aun-

que económicamente me hubiera favorecido, y profesionalmente me hubiera dado una mayor perspectiva, hasta el momento me he resistido a rodarlos. Si no puedo rodar la historia prevista para esta película, voy a dirigir una coproducción que cuenta los últimos días de unos condenados a muerte; es un guión interesante, con un tema lleno de actualidad.

Entre tanto, el director de «La casa grande» trabaja como director de «spots» publicitarios para las televisiones de otros países. Recordemos que Borau ha trabajado en la producción y realización de películas publicitarias antes y después de «Furtivos». El cine español registra un increíble paro entre los actores y los realizadores, a los que sólo se abren posibilidades en un tipo de cine. Después del éxito comercial de películas como «Furtivos» o «Pascual Duarte», aún hay películas de interés estrenadas casi de tapadillo. Hay un sector de la producción que tiene un concepto muy estrecho del cine, y piensa que rodando el clásico bodrio va a recuperar su dinero en seguida y encima va a doblarlo en pocas semanas. Sin embargo, el cine español de autor también despierta un gran interés y puede ser comercial. Hay un tipo de cine de autor, muy digno por otra parte, como el que hacen García o García Sánchez, que por su forma de comedia o tragicomedia tiene una vía de salida más asegurada; sin embargo, la creación de un cine de otro tipo es mucho más problemática. Pese a todo, ni «La casa grande» ni «Gusanos de seda» son películas para minorías, están contadas con un lenguaje muy directo, aunque en ninguna de las dos hemos podido decir las cosas tan claras como si las hubiéramos rodado hace unas pocas semanas.»

E. M.



## ANSELMO CARRETERO

(Viene de la pág. 24.)

tan equivocado estuvo en este terreno, al decir que «España, es una cosa hecha por Castilla y que sólo cabezas castellanas tienen capacidad para la España integral». También hay que abandonar discusiones bizantinas, como las que Américo Castro o Sánchez de Albornoz sostuvieron acerca del «nombre» de los españoles. Asombra ver que estos eruditísimos historiadores, que efectuaron grandes descubrimientos, no tuvieron una mejor capacidad de interpretación.

«Antes de las elecciones tuve ocasión de visitar España, con ocasión del Congreso del Partido Socialista Obrero Español, en el que presenté una ponencia sobre federalismo y nacionalidades. Posteriormente he tenido la inmensa alegría de ver que el PSOE ha incluido en su programa un acertado tratamiento del tema de las nacionalidades, y no dudo de que ese factor ha sido clave en su magnífico resultado electoral: por ejemplo, en Cataluña ha obtenido, por vez primera en la Historia, un importantísimo porcentaje de votos.»

En los momentos finales de la entrevista, Anselmo Carretero traza un lúcido cuadro analítico del resultado de las elecciones. Insiste una y otra vez en que él es un hombre práctico, un hombre de realidades, lo que le aleja de lo que denomina «utopismo anarquista», a pesar de sus enormes simpatías por la citada ideología. «El papel de los anarquistas —nos dice— es insistir radicalmente en los valores inalienables del hombre, elevar al punto más alto las exigencias, no transigir jamás; la función del anarquismo equivale a la del concepto de «verdad» en la ciencia y, en este sentido, es absolutamente válido.»

cuaderno  
de 6 días  
Por Dámaso SANTOS



## ● ALARDE Y FIESTA ARTISTICA DE UNA NUEVA CREACION NARRATIVA DE TORRENTE BALLESTER

VAMOS a plantearnos aquí, como se hizo con «El otoño del patriarca», de García Márquez, si el autor no puede ya salir de su obra maestra, si Gonzalo Torrente Ballester ha dado a Destino con «Fragmentos de Apocalipsis» una reiteración de «La saga-fuga de J. B.»? Por lo pronto digamos en su honor que el libro, divertimos, lo que se dice divertimos, sacarnos de nuestras casillas, llevarnos embobados de aquí para allá, lo hace hasta el final. Desde la lejanía en que escribo no puedo cotejar este texto con aquél para ver si hay algo que los una en su trama, además del espacio mítico, que ahora no es Castorfiste, sino Villasanta de la Estrella—cuyo centro y vértice es la catedral—, establecido en Galicia con los ingredientes clericales, universitarios, climatológicos y desfiguradamente legendarios de Santiago de Compostela. También aquí la narración tiene

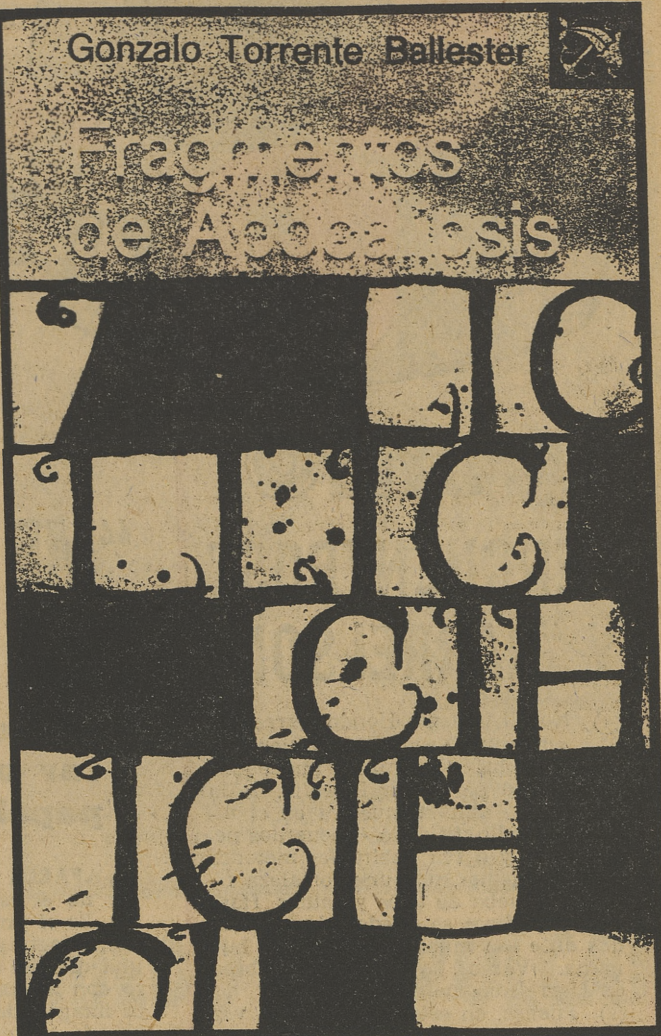
dante, la conveniencia de lo escrito, teniendo en cuenta que la educación de la muchacha está sólidamente cimentada en el real socialismo soviético, aunque se deje engatusar por las fantasías del profesor español, a quien púdicamente entrega su amor, pese a la avanzada edad de éste...

SE trata de un alarde y de una fiesta. El alarde y la fiesta consisten en que el autor sabe jugar prodigiosamente con sus figuras, a las que llena inmediatamente de sentido, aun las más disparatadas, de consistencia humana, de viabilidad y aparente espesor de realidad junto a la misma y constante advertencia del parón, menor velocidad y «flash-back» cinematográficos usados para demostrar en todo momento la reversibilidad y gratitud de lo narrado. Alarde y fiesta, la parodia borgiana, con la pi-

dad; porque los anarquistas son de la más pura estirpe y peculiaridad; porque la represión del invasor Olaf es como todas las represiones y matanzas y el negocio de las venusinas muñecas es como todos los grandes negocios, etc.; porque la denominación de alusiones irónicas, de notas de crítica histórico-social con referencia al mundo de lo que hoy vivimos prestan a tales fantasías tratabilidad y concernimiento para el lector.

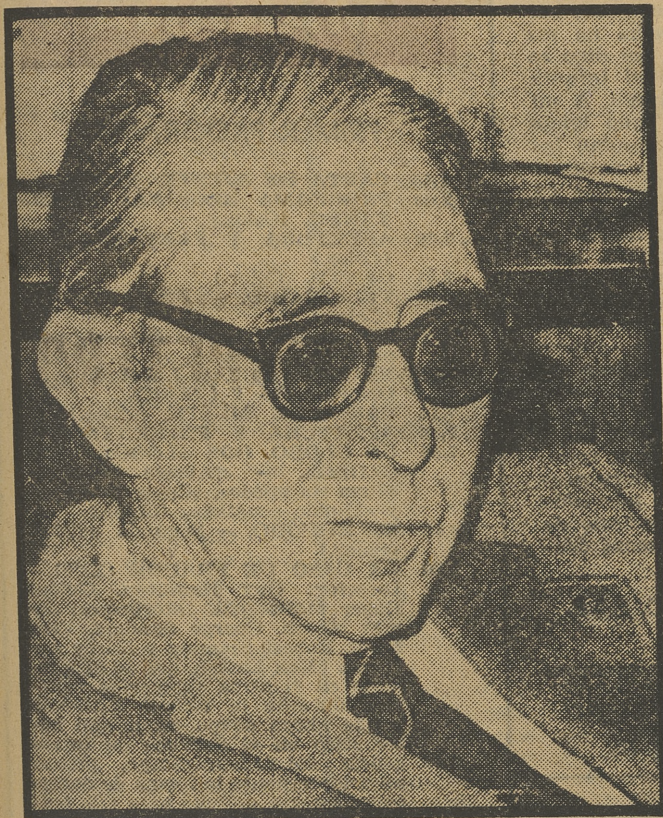
LO mismo que en «La saga-fuga», en «Fragmentos de Apocalipsis» el triunfo de Gonzalo Torrente Ballester no está solamente en haber cambiado realismo por libertad imaginativa, ejemplificación y encarnación de problemas (existenciales, religiosos, convivenciales e histórico-sociales) en criaturas de estampación humana, de perfecta y reconocible imitación, por alegorías y caprichos imaginativos ambiguos movidos por el humor, irisados de culturalismo. Esto ya lo había hecho Torrente Ballester en una novela como «Don Juan». Yo creo que la fuerza interior de ese rumbo, distinto al de la trilogía «Los gozos y las sombras» —que siguen sosteniéndose y reclamando

atención como novelas de primer rango en la línea de la mejor narrativa europea del siglo—, es que a la fantasía lúdica y consumada literaturización, a la exaltación del placer textual de esta segunda etapa, se une la continuación, la prosecución del mismo mundo torrentino, en el que siempre habrá señores de la inteligencia frente a los de la fortuna o el poder, personajes con ideas y modos contrarios a los de su propia situación, dualidades de una misma empresa —como los periódicos de la ciudad «La noche» y «El día», en personalidades como la del padre Alanzora, que combina una ascética y una mística con el cacicato espiritual y el negocio material; chiflados idealistas protestatarios, conformistas, y una varia gama de mujeres en las que la sexualidad ocupa un lugar importante al lado de la inteligencia, la sumisión sacrificada o la independencia. También en ese mundo han de flotar lo teológico, lo moral y lo estético, junto de lo político, lo social y lo histórico, que se remejen, adoban, se mezclan y complican en el ámbito terruñero de tradiciones, habla y connotaciones localistas que unifican el conjunto humano del lugar donde los



hechos principales han de producirse. Un mundo ciertamente apretado y especificado por el autor, que por ello puede permitir a su imaginación toda clase de anécdotas, realistas o fantásticas que inmediatamente —unas más que otras— persuaden y convencen. El título de esta novela y todas las alusiones apocalípticas de ellas, como el final de «La saga-

fuga», parecen indicarnos que ese mundo, tan inventado como radicado en la intrahistoria de un acotado trozo de España, están a punto de desaparecer o se han disuelto ya, como se esfuman los personajes, como se esfuma la muchacha soviética, como se desintegra y desaparece, en una nube de polvo, viento y barro, la propia ciudad...



un carácter paródico a costa del lenguaje de la crítica literaria en torno a las técnicas y estructuras narrativas, a cuenta de los entrecruzamientos borgianos, de las fantasías cunquerianas —que se le enredan al narrador por el camino—, de Cortares y García Márquez, de parámetros e isótopos... Con un humor personalísimo y galleguísimo —de algunas raíces muy próximas al de los Eça de Queiroz, Valle, Fernández Flores, Cunqueiro, Cela—, el autor-narrador, en pugna o convivencia con otros yos y con otros autores que acaso le imaginen borgiana mente también a él, como él los imagina a ellos, nos va contando la novela de una o varias novelas que se hacen y deshacen, se modifican o varían de rumbo, se retrotraen a pergeños antiguos, a fragmentos interrumpidos o excedentes de otra ocasión, haciendo constar en todo momento que tanto el narrador como los personajes, que pueden cambiar de nombre, son entes puramente verbales, que no sienten ni padecen, sino en el instante en que son imaginados y trasladados a la escritura. Frecuentemente el narrador consulta los capítulos con una bella profesora rusa —traída por la palabra hasta la mayor intimidad—, sobre la verosimilitud, el an-

randeliana de personajes en busca de autor y de la unamunesca con personajes que complicadísimo se rebelan. El autor-narrador exhibe en el trance la dificultad del dominio sobre sus criaturas verbales, incluso sobre sí mismo, pero también el poder imaginativo-dialéctico de conducirlos a su gusto, y hasta una cierta composición argumental, dentro de una lógica establecida sobre la marcha, de la verosimilitud —que puede corregirse en nuevas redacciones— y el respeto, en suma, a las condiciones lectoras para que un personaje lo sea. No importa que el arzobispo acuda por los aires a jugar al mus y comer sus chocolatinas con un grupo de anarquistas, ni que un rey vikingo vuelva a los mil años a sojuzgar la ciudad en que fuera derrotado, ni que perezca en la Revolución Francesa el ácrata que, lanzado generalmente al túnel del tiempo, no llegó por pelos a detener el asesinato de Marat, con lo que soñaba acabar el mal en el mundo; ni que una cabalgada de templarios atruene periódicamente las naves de la catedral llevándose a alguien por delante, ni otras mil sorprendentes fantasías. Porque el arzobispo es forastero y posconciencia con todas sus consecuencias en la pequeña y levítica ciu-

## EN JORGE G. ARANGUREN, CON SU POEMARIO PREMIO ADONAI

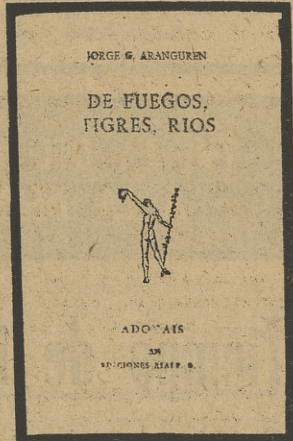
TAN sólo sueños, sombras, recortes de ficciones», dice el último verso del poema «Mínimo homenaje a Borges», último del libro con título borgiano «De fuegos, tigres y ríos», con el que Jorge G. Aranguren ha ganado el último Adonais. El poeta donostiarra —también novelista— adquiere con este libro punto de madurez y la instalación solemne de su nombre —aunque queda sol en las bardas del viejo Adonais— en el Parnaso, después de ya considerable recorrido —desde 1971— dentro de la última oleada de la poesía española —los del «resurgimiento», que diría Pozanco—, que le hizo figurar en seguida entre los más estimados.

Tendremos que decir que si nunca desde la generación de 1927 —antes desde Juan Ramón Jiménez— el poeta español se ha visto en la obligación de establecer o establecerse en un nivel de comunicación de equivalencias usuales, por elevadas que éstas fueran, la curva rehumanizante, religiosa, social, ética y cívica de los últimos treinta años y los de la posguerra dio una sensación, hasta el prosaísmo, de que no digo hasta como Campoamor, pero sí Unamuno y Antonio Machado, esta pronta comunicabilidad se restauraba. La ilusión —hasta el punto de querer «parar a un hombre en medio de la calle», como postulaba Blas de Otero— se esfumaría

enteramente traspuesta la década del medio siglo. Y se ha hecho, salvo irregularidades y recurrencias narrativas o satírico-políticas, impensable después. De modo que hemos de afrontar todo poemario en la conciencia de que los accesos a cada poema han de verificarse por algunos portillos, como el de ese verso que he citado de Aranguren, alusiones culturalistas o párrafos en bruto, insistencia de motivos, incitaciones similares a las de la música, incluso visualizaciones gráficas —espacios en blanco, encabalgamiento, etcétera— que en ningún caso concuerdan —salvo el capricho o el virtuosismo— con las tradiciones estróficas y rítmicas. Pero si hay verdaderamente poema, por herético que aparezca, se puede entrar. No digo a la manera que proponía Gracián del acertijo, con agudeza y arte de ingenio, ni como Dámaso Alonso nos pusiera en camino de penetrar en el intrincado barroquismo de Góngora deshaciendo el hipérbaton latino. Se puede entrar en estos poemas de Aranguren de manera inmediata, concediéndonos a nosotros mismos la libertad que él usa, siguiendo el ejercicio que de ella hace el poeta en su lenguaje. Entonces, con el interior encanto musical de sus versos. Llegamos en seguida a su tristeza viajada y viajera por el recuerdo y las desolaciones del amor, por la fugacidad y realidad del tiem-

po en la certeza borgiana de que ese rico que huye, ese fuego, ese tigre de la sangre, tan tristemente reales, son el ser mismo, el yo que transcurre, da zarpazos, arde y se consume, exactamente igual que en Manrique, pero sin su esperanza. Los efluvios, los signos de la vida llevan —y en el lenguaje de Aranguren hay reiteraciones verbales, imágenes expresivas que lo denotan a cada paso —los del ser para la muerte, Bueno, casi toda la poesía actual —incluyendo las salidas del intimismo a la sátira expresionista— es existencial. La de Aranguren lo es en grado sumo.

No estamos ante un libro unitario, aunque si unificado en el sentimiento, en la intención, en el ritmo. Diríase, una vez que el adentramiento se ha verificado, que mis prevenciones primeras eran una exageración. Porque, ¿qué decir de poemas como «Bella Easo», que empieza así?: Bajo el cielo de papel de estraza, / que se vuelve / húmeda saliva, lámina embadurnada por el salitre y la herrumbre / te cobijas, / Y la memoria vuelve a recorrer / ciudad mía de los veranos de topo, / paseos por donde alimentaban / su acedia los Reyes, / de estatuas embalsamadas, etcétera. ¡No, no! El hermetismo y el misterio persisten, a pesar de estas estampas objetivo-subjetivas y de otros escorzos, y aun de prosaísmos como el poema «Tudela, cafetería mo-



terna. Martes, tres y cuarto de la tarde, invierno: Tener presente / la digestión. El poeta, con su intransferible, rico, unas veces puntiagudo, otras veces enternecido, lenguaje, trata no de aclararse, sino de expresar melancólica, amargamente, la intensidad con que ha vivido el ser tan sólo de «señores, sombras, recortes de ficciones» que una absurda deidad u otro poeta igualmente en lo cierto le ha descubierto, o le va descubriendo en distintos instantes del viaje. Y ello no se puede traducir —Aranguren lo ve con toda claridad— en ningún lenguaje convenido: se da con ello movilizándolo el lenguaje, un lenguaje propio que perfora y se constituye energicamente en el vacío. Constituye, construye el poema para el que quiera algo de él.